



Ello sigue su curso. Sobre Blanchot

Sergio Espinosa Proa

Universidad Autónoma de Zacatecas

1

*Bring on the night
I couldn't spent
an other hour of daylight.
Andy Summers*

Hablar a propósito de alguien ausente, o, peor, recién desaparecido para siempre, tiene algo de depresivo y mucho de obsceno. Hacerlo con Maurice Blanchot viene a ser excesivo, ya se verá por qué. Con todo, y más en tratándose de un <<autor>>, de un <<pensador del siglo XX>>, es un ejercicio perfectamente normal. <<Todo reconocimiento>>, nos recuerda el propio Blanchot, <<es una usurpación>>¹. En efecto — ¡por no hablar *ad hominem!*—, sus textos son difíciles de reconocer. Ni filosofía ni narrativa ni poética ni crítica. No *del todo*. O todo más o menos junto, con lo cual el resultado ya es algo asaz diferente. Esta mixtura o indistinción, este montaje, este casi imperceptible deslizamiento, esta disimulación puede significar muchas cosas pero, esencialmente —hay que tener paciencia— quiere decir que la relación del lenguaje consigo mismo se encuentra en un punto de máxima alteración. De máxima *afectación* (aunque no en el sentido vulgar de la palabra). Su pregunta sufre como un estallamiento de vísceras. ¿Qué podría querer decir decir? ¿Quiere, de verdad? ¿Hay siempre un *querer* decir? ¿Quién lo quiere, el yo antes de cualquier enunciación? ¿Y ese quién sería y para qué diría algo a quién? ¿Se escribe en una dirección distinta a la del habla, que siempre tendría un destinatario? La alteración de este decir que en verdad no quiere decir, o —en otro sentido— que quiere decir esa nada que no se dice o que queda por decir, afecta y altera la relación de la lengua con el mundo. Más acá de la Gramática, desaparece Dios, y, con Él, el Hombre. Un ateísmo cumplido no podría no ser ahumanista. Sólo que, sin Dios y sin el Hombre, el deleznable huérfano mortal persiste sujeto. Es la parte aterradora o inasimilable del asunto, la misma que Blanchot describe con una lentitud rayana en la desesperación. Dígase lo que se diga —o se deje de decir—, el sujeto permanece sujeto, es decir: obedece. Muerto Dios, ¿a quién sujetarse, sino a la Muerte? Despojado de Alma, se ata al Deseo Puro. A la pregunta del Humpty Dumpty carrolliano se responderá: sí, por supuesto, algo o alguien manda y mandará siempre, siempre. Y saberlo, ¡ay!, no nos suministra una pizca de libertad. No hay argumento sin momento ficcional —ni ficción que no ejerza de argumento. Con la escritura, sin embargo —¡hay que enterarse!— el sujeto parece dar vía libre a una cierta incapacidad de sujeción. Al escribir, el sujeto se experimenta como <<una masa ínfima de existencia vuelta libre>> que en consecuencia *perturba* al mundo². Sujetarse

¹ Maurice Blanchot, <<Soñar, escribir>>, en *La Amistad*, tr. A. Dovalí, Trotta, Madrid, 2007

² Maurice Blanchot, *Thomas l'Obscur*, Gallimard, Paris, 1941, p. 38

a la muerte —a la muerte del Dios/Hombre, en primer lugar— provoca esta clase de calladas turbulencias. Se escribe —cuando se escribe— como si se fuera *el último* de los hombres. *Ya no se es un <<Hombre>>*, pero *todavía no se es otra cosa que un hombre*. La escritura abre y se afinca en ese paréntesis —que esta vez no tiene nada de <<metódico>>. El mortal es pensante porque antes ha sido tocado por una extraña amistad con lo extraño y lo impensable. Si es *sapiens* lo es en virtud de que primero sabe (sin saber cómo) de su mortalidad. De principio a fin, si es posible decirlo así. ¿Conocer? De acuerdo, pero *antes* —y aquí, con seguridad, se abriría, aunque no podríamos seguir, una lectura <<inconveniente>> de Platón³— se participa de un reconocimiento. Reconozco que apenas conozco. Escribo menos para expresar algo que para dar hospedaje a eso que la escritura aparta y aleja —acaso sin querer. ¿Qué quiere ella?, volveríamos sin cesar a preguntar. <<Cómo recuperar el morir en la muerte>>, nos anticipa Christophe Bident, el <<biógrafo>> de Blanchot, <<la sacudida en la exposición, la violencia originaria en el curso del discurso, cómo partir, cómo repartir, cada vez singularmente, cómo *excribir* reescribiendo, cómo reinventar las condiciones del habla, la posibilidad de un gesto igualmente contra la entropía o el vacío que cierne y, de un mismo golpe o contragolpe, discierne el reconocimiento de la inscripción>>⁴. El problema, aquí, claramente, es de honestidad y de reconocimiento —irresignable— de la impotencia, no de técnica. En absoluto es una cuestión de <<géneros>>. No por mera coquetería se le bautiza como *excritura*. Una escritura que fluye y tropieza de espaldas a las <<necesidades>> y a la dominación. La honestidad no es sólo intelectual. Hay que desenmadejar los hilos: ser-parlante, ser-pensante, ser-sexuado, ser-mortal... Hay una certeza previa (y final): se sabe que *nunca* ganaremos. Y aun así... Perseverar. Y preservar. Lucidez sin concesiones, *a sabiendas* de que ella no anula la condena. Kafka, desde luego. Inmensa ironía: Blanchot nace la misma noche en que Kafka escribe *de un tirón* esa <<novela>> titulada *La Condena (Das Urteil)*. A la honestidad habrá que añadir la valentía... y la discreción. La reserva. No se tome como un mero apólogo. Ellas designan, mal que le pese a Kant, las *condiciones de posibilidad* de todo pensamiento. ¿Pensar? Irreconocible palabra para preservarse en la proximidad de lo desconocido. Obviamente, menos como tarea que como fatalidad. Si aun hay preguntas es porque estamos en trance de vivir, es decir, de desaparecer en cualquier instante. Nos deslizamos del acto a la potencia/impotencia. Cada instante, no sólo el último de ellos (nadie lo sabe). El reconocimiento de esta finitud interrumpe las asociaciones fáciles. La <<escritura automática>> es un balbuceo acaso en definitiva muy impostado. No es que por otra parte se insista en la angustia. Ser finitos —reconocerlo— permite, al contrario, anticipar y eludir ciertas dentelladas y ciertos arañazos de la muerte. Escribir exhibe, despliega, extiende la potencia de lo Neutro. ¿Lo Neutro? En otros términos, la escritura es para Blanchot la provincia de lo neutro. Lo neutro es otro signo descabezado. El sujeto definido por el hecho puro de la sujeción. Es decir, el sujeto asumido en su calidad de frontera en perpetua precesión. Lo neutro da título al vaciamiento indeliberado y súbito de cualquier sujeto. Ni siquiera es semejante a cierto estado gaseoso, sublimado e informe. El sujeto *hace de sí* un (otro) sujeto; de ahí, sin mandamientos, sin normativas, sin promesa ni coartada, la piedad. Hay que hacer de uno mismo un prójimo. Parafraseando a Spinoza, se diría que *nadie sabe lo que puede un (el) prójimo*. La operación civilizatoria discurre por la ladera opuesta: hacer, del prójimo, un <<uno mismo>>.

Y así le (nos) ha ido.

³ Cf. José Luis Pardo, *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2004

⁴ Christophe Bident, *Reconocimientos. Antelme, Blanchot, Deleuze*, tr. Isidro Herrera, Arena Libros, Madrid, 2006, p. 69

2

Maurice Blanchot escribe de escribir sin abismarse en el autismo o en la simple e insufrible machaconería. Ciertamente que su coloración es más bien mate. Un paisaje desértico y nocturno, si a ese casi no escribir se le puede llamar paisaje. Si hablar no es ver, escribir no es tampoco ni una ni otra cosa. Escritura sin imagen. A salvo de la <<locura del día>>. Es pasaje a ninguna parte, en vez de paisaje de alguna parte. O, mejor: escritura sin mundo. El hermetismo es simulado: importa la cripta, no su interior, que de cualquier forma permanecerá ahora y siempre inviolable. El desierto, la noche, el mar, el archipiélago, la cripta, el desastre... Bien, pero se comprende que no es eso. Yo, por ejemplo, sólo he <<visto>> dos fotografías del <<autor>>: en la primera, muy joven, junto a su (imposible) amigo Emmanuel Levinas, con una expresión desleída y, cómo no, completamente ausente. En la otra, nonagenario, flaco, altísimo, y, desde luego, *en negativo*. Una negatividad de emulsión, no de *aufhebung*. Y es que su texto atraviesa una zona siempre limítrofe: entre lo posible y su velamiento. De ahí ese su aire de reposo exasperado, de asfixiante residencia en aire libre. Tanto oxígeno también ataranta (y aterra). Es la atmósfera que rodea a cada acontecimiento, definido éste, o más bien adivinado, como el darse que prescinde de un <<autor>>: acontecimiento de gesto, acontecimiento de paso, acontecimiento de nadie⁵. La escritura no <<habla de...>> —alude en exclusiva a un campo magnético, a un anónimo e inapropiable orden (o desorden) de intensidades, condensaciones, ebulliciones, derivas. No el <<vivo así o asá>>, sino: vivir, morir, amar, desplazar, sonreír, olvidar... El ente finito que se es deambula —por la palabra, por el signo— en lo infinitivo. La desbandada de la identidad —pero imantada por un fluctuante y evanescente régimen de identificaciones⁶. Deleuze y Guattari han insinuado a su turno que esa voz proviene de <<la cuarta persona del singular>>. Ni Yo, ni Tú, ni Él. Menos Él que Ninguno. Sea lo que fuere, con Blanchot queda claro que escribir, es decir, pensar, no impone nunca nada a nadie. Ocurre cuando el sujeto —o, mejor dicho, la identidad— está en trance de remoción. Exactamente: como si pensar consistiera en dejar (de) pensar y escribir en dejar (de) escribir. Efusión de lo sensible que deja advenir —en el espacio así desocupado— a lo imperceptible, a lo femenino, a lo no humano. Efusión, mas también infusión, confusión y transfusión: el <<adentro>> sólo es un plegamiento *temporal* del <<afuera>>. Estos giros son legibles no inmediatamente pero sin falta en lo que se siguen denominando los <<relatos>>. Una inversión perfectamente simétrica de El Greco: las cosas comparecen impulsadas por la inmensa oscuridad que precede, asiste y sucede a un rayo. En otro registro: Alicia no puede cruzar el espejo en dirección a su propia imagen, pero su imagen (que en cierto sentido nunca es <<propia>>) sí encuentra el poder de ocupar —de usurpar— un sitio *de este lado*. ¿Habría algo más siniestro, más inquietante, más *Unheimliche* que estos pasos y trasposos irreversibles e inutilizables? En breve, el cuerpo piensa, el cuerpo escribe (o <<excribe>>, en la aliteración propuesta por Jean-Luc Nancy) pero no el cuerpo que de cualquier forma seguiría siendo mío de mi propiedad. Escribe eso inapropiable por una conciencia o por un símbolo. <<El sentido se ha escurrido en el movimiento de una abstracción sin resolución simbólica>>, reflexiona Bident, <<que a la vez retira el mundo y designa, por el mismo movimiento de retirada, el cambio de orden, de nivel, de grado, en el

⁵ *Ibíd.*, p. 86

⁶ Esta distancia —aun si desde una perspectiva sociológica marcada esencialmente por Georg Simmel— se encuentra elaborada en Michel Maffesoli, *En el crisol de las apariencias. Para una ética de la estética*, tr. Daniel Gutiérrez, siglo veintiuno editores, México, 2007. Véase en especial el capítulo 7.

espacio que se ofrece al surgimiento fenoménico del cuerpo>>⁷. Que <<nuestros>> cuerpos sean ajenos explica la emergencia simultánea, y conflictiva, del pudor, la voluptuosidad, la vergüenza, la huida, el deseo, el arrepentimiento, la náusea. La palabra y el cuerpo, qué palabra tan fuerte es esa: cuerpo. Por definición, un cuerpo no puede traspasar otro cuerpo. Pero su imagen sí, y eso espantó a ese sólido espíritu ilustrado que era Lewis Carroll. En realidad, a toda la filosofía. El niño sin habla se mira un instante en el espejo y sabe con certeza total que es otro. No lo dice, pero ríe. En ese gesto (sin palabra) se incuba toda la logorrea del psicoanálisis. <<En el recurso, que nosotros preservamos>>, murmura Lacan a la distancia, <<del sujeto al sujeto, el psicoanálisis puede acompañar al paciente hasta el límite extático del “*Tú eres eso*”, donde se le revela la cifra de su destino mortal, pero no está en nuestro solo poder de practicantes el conducirlo hasta ese momento en que empieza el verdadero viaje>>⁸. Al cabo, ¿quién es uno sino ese otro que me mira entre divertido, sorprendido y fastidiado? Blanchot no va, *viene* de ese espacio repetido que no por ser el mismo puede dejar de ser otro. Ese es <<su viaje>>. Pensar es —con y sin rodeos— perder la identidad⁹. De allí, a veces, la farfulla, el tartamudeo, la disolución retórica de la retórica, la ciega insistencia del significante privado de sentido. Brilla en esa lengua mutilada y aun así rutilante una también como sorda clandestinidad. No es pan comido hacerse eco de su rítmica y de su proxémica. Rechazo e imitación sin suerte le acompañan lustro tras lustro. Ambos producen, a uno y otro lado, idéntica irritación. También a Foucault se le tildó en su día de <<nihilista de salón (de clases)>>¹⁰. Cada escrito es una mina —en todos los sentidos del término. También incluso en lunfardo. Les circunda un indefinible, un inidentificable peligro. A las agencias de noticias —incluyamos a los deslavazados despachos actuales de <<Educación Superior>>— este material se le atraganta siempre un poco. En la medida en que *existe* un pensamiento en Blanchot, su obra aparecerá soberanamente inútil y aplazable. Es, sin duda, el <<color>> de los tiempos: retornar al buen camino. Dejémosles ser. Es su negocio. Que de todas formas viene a ejemplificar el poder del mundo sobre una escritura de la finitud que en cuanto tal aprende una y otra vez a clavar la estaca de lo infinito en el contenido de su sarcófago. La escritura, y de ello da altísimo testimonio Maurice Blanchot, es la incrustación no voluntaria de lo heterogéneo en lo homogéneo, movimiento que desde el inicio comprenden y comparten otros como Georges Bataille. Movimiento heterogéneo al movimiento del mundo: incluir, integrar, trazar el inventario, protocolizar, domar, ambientar, tornar identificable... Tal es la tarea del mundo, pues el mundo no podría dar soporte sino a la voluntad de Dios. El mundo es de un extremo al otro *lo que irrumpe* ante Su Poderoso Mirar. Se percibe la dificultad que hace brotar y de la que brota la escritura. Su discreción abriga el sueño —y, como sueño, irrealizable— de reptar por debajo o volar por encima de la línea de visibilidad del Gran Panóptico del Mundo.

¿Irrealizable, de verdad?

⁷ *Reconocimientos...*, op. cit., p. 90

⁸ Jacques Lacan, <<El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica>>, *Escritos*, 1, tr. Tomás Segovia, siglo veintiuno editores, México, 1971, p. 18

⁹ <<Pienso, luego no soy>>, escribe Thomas en las paredes. *Thomas l'obscur*, op. cit., p. 217

¹⁰ Cf. José Guilherme Merquior, *Foucault o el nihilismo de la cátedra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984

3

No tanto, porque la escritura es el lugar donde lo que damos por real entra en fiebre y desajuste respecto de sí. En este sentido, la <<ficción>> opera como un fetiche merced al cual la realidad se reconoce en cuanto irrealidad. La realidad es producida por nuestro —muy humano— poder de representación, eso lo han debido admitir desde el idealismo más etéreo hasta el materialismo más obtuso. Entonces, ¿dónde podría hacer su aparición aquello que *no es efecto* de esos poderes? Pues dónde más: en la escritura. Una vez más: no es cosa de géneros (literarios). No es que todo el periplo de la filosofía occidental desemboque en una sancochada y más bien acuática <<ficcionalidad>>; es que, cuando es *buena filosofía*, se reconoce como lo que nunca ha podido dejar de ser: a saber, escritura. En este trastabillar del mundo se cifra la suspensión abierta por eso que en Deleuze, en Blanchot, en Rancière, incluso en Badiou, o en Stengers, es nominado como: Acontecimiento¹¹. ¿Transcripción del *Er-eignis* heideggeriano? En gran medida, ni duda cabe. Por el momento retengamos solamente esto: el acontecimiento es por fuerza <<más que sí mismo>>. Nunca más sí mismo, sino, atiéndase, más *que*. Podría ser igualmente un menos *que*. Lo decisivo, desde luego, es el desajuste, la no-identidad. La escritura ocurre e incurre en este ser rendija de sí. Creo que en tal virtud Blanchot emite una luminosidad extremadamente opaca. Lo decisivo, se dirá, con una ligera sonrisa, es esta fuerza de indecisión. Lo determinante, se repetirá, frunciendo un poco el ceño, es esta fuerza de indeterminación. Seres irredimiblemente inacabados, queremos recomenzar por siempre, queremos vivir en y por el cuento de nunca acabar. De ahí, evidentemente, la <<lección de Sheherezade>>¹² —y la lógica del Kama Sutra. De ahí, así mismo, la nulidad de los seguidores, de los anémicos discursos validados sólo por su facultad de mimetización: a Blanchot *hay que leerlo*, pero sólo para intentar jamás escribir como él lo ha hecho. Nada fácil. Su ambrosía es mortal¹³. No escribir a su vera, o a su sombra, o a su oscura luz, sino, simple y llanamente, escribir, escribir una y otra vez, siempre *de nueva cuenta*. Se escribe allí donde el otro ha dejado de hacerlo, allí y cuando ha soltado la pluma o cerrado la libreta. Se escribe, y es lo que enseña Blanchot —si es que tal cosa fuese enseñable—, siempre y cada vez desde la muerte. <<El habla está quizás demasiado naturalmente próxima a la muerte: de ahí que ella sea astuta, a la medida de su debilidad, de su aptitud para desaparecer, moribunda, no que sea la de un moribundo, sino el habla del morir mismo>>¹⁴. Lo mismo leer. Desde su irrupción lo sabemos y es algo incontorneable, no hay, como se dice, vuelta de hoja posible. Ello prohíbe toda debilidad mimética. Y toda enemistad de a gratis. Empeño arduo pues lo mismo se dirá de Heidegger, de Deleuze, de Lacan, de Adorno, de Derrida —y paremos de contar. Ante el discipulado, todos ellos habrían proferido —cuando no de hecho

¹¹ <<El acontecimiento es la otra cara de los órdenes dominadores. Es su apertura involuntaria e inevitable al poder de lo que es y de lo que pretende dominar, a los posibles de los que es portador lo real y que vanamente trata de dominar. El acontecimiento, feliz o desdichado, cada vez singular e indefinidamente repetido en su singularidad, es la experimentación constante, la más directa, la más inmediata y la más positiva, de los límites inherentes a toda dominación y de la posibilidad de afirmar otro orden que liberaría el poder que esa dominación obstaculiza>>, Daniel Colson, *Pequeño léxico filosófico del anarquismo. De Proudhon a Deleuze*, tr. Heber Cardoso, Nueva Visión, Buenos Aires, 2003, p. 21. De cualquier manera, repárese en que esta <<definición>> se ata a una ligera ingenuidad o inconsecuencia: la cuestión es *oponerse al poder* (vigente) a fin de ejercer un poder (emergente o alterno). En Blanchot, según se verá, la pregunta por el poder es infinitamente más sutil y sugerente.

¹² Cf. Enrique Lynch, *La lección de Sheherezade*, Anagrama, Barcelona, 1986

¹³ <<Ambrosía>>, según se sabe, deriva del griego *ambrotos*, literalmente: in-mortal.

¹⁴ Maurice Blanchot, <<El “discurso filosófico”>>, en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, N° 49, Barcelona, 2001, p. 90

profirieron— un elegante o estentóreo: ¡largo de aquí! Nada que hacer, sin embargo. No sabemos respetar un texto, todavía falta mucho para ello. Tiene razón el anónimo presentador del número de *Archipiélago* a él dedicado: <<Queda poco en limpio al leer a Blanchot, poco directa o positivamente aprovechable, pero el fondo al que nos lleva y la operación que sugiere son inmensos>>¹⁵. De acuerdo, aunque esa <<inmensidad>> no pertenece al orden de las magnitudes; la muerte es <<inmensa>> porque, sin metáfora, *no es posible medirla*. Queda por decidirse si es a su respecto que las cosas del mundo habrán de ser medidas, tasadas, diferenciadas, valoradas, equiparadas. Admitámoslo: sin la muerte, cada hombre se hunde y chapotea en su propia viscosidad significativa o mundana. Sin la muerte no hay afuera, a saber: todo se torna irrespirable, indiferente, hostil, indigno de ser vivido. Negarla produce una inundación de hojarasca. Una saturación de sentido (inmediato o mediato, da igual), lo que viene a ser casi lo mismo. Leemos a Blanchot: al principio se le entiende poco, casi nada, pero después de cruzar sus comarcas regresa uno con la sensación de haberlo leído incluso antes de haber abierto la primera página. ¿Cómo concebir este peculiar mecanismo? Formúlese así: el tesoro de la lengua consiste en que no hay tesoro de la lengua —el tesoro es la búsqueda del tesoro a sabiendas de que, como en el Mahjong, el juego consiste en ir sustrayendo pieza por pieza hasta dejar limpio el tablero. El tesoro es descubrir que no hay tesoro, o decidir que el tesoro es la irreparable pérdida del tesoro. En breve: *no hay tesoro* —no hay <<goce>>— para un ser que habla. Así lo escribe Blanchot: <<En la obra el hombre habla, pero la obra da voz en el hombre a lo que no habla, a lo innombrable, a lo inhumano, a lo que carece de verdad, de justicia y de derecho>>. Más cerca de Beckett que de Mallarmé. Nostalgia no de la muerte, sino del fracaso, del fracasar en sentido absoluto. Se fracasa siempre, pero nunca con la fuerza suficiente. Después de apartar laboriosamente las piezas, aun queda el tablero, y si se retira el tablero aun queda el marco, o el recuerdo, o la marca dejada contra el polvo que cae. Fatalidad que no decae. En (el) lugar del Absoluto, briznas, esquirlas, granos de polen. La imagen, claramente, lanza un guiño a Novalis. ¿Cómo un ser finito aspira a lo Absoluto si —el nombre lo dice— no hay con ello relación posible? Y bien, no todo es relación. Los relatos sólo relatan su falta de relación.

Sólo dan fe de su ausencia de fe.

4

El carácter resueltamente decepcionante de la obra de Blanchot (no faltará quien piense que es *jubilosamente* decepcionante) remite a una soledad sin paliativos. No es que sea triste el hecho de que se sea mortal. Lo triste es que, siéndolo, *no podemos* morir. Allí está el fin, lo vemos, lo adivinamos, quizá hasta lo esperamos, pero el fin no llega. Cuando llega, ¿quién sigue ahí para recibirle? Sólo el otro, es decir, el que no muere. Lo cual con sobrada razón podrá desesperar, pero ¿no es verdad que sólo se ama aquello que no es posible ajustar a nuestro deseo, someter a nuestro arbitrio, disfrutar hasta el agotamiento? Se ama exclusivamente aquello que —y por que— no puede poseerse. Tal es, de acuerdo con Blanchot, la sabiduría de Orfeo. <<Orfeo ama a Eurídice en su oscuridad nocturna>>, establece en *El espacio literario*, <<en su alejamiento, con su cuerpo cerrado y su rostro sellado, quiere verla, no cuando es visible, sino cuando es invisible, y no como la intimidad de una vida familiar, sino como la extrañeza de lo que excluye toda intimidad, no para hacerla vivir, sino para

¹⁵ <<Pongamos que se habla de Maurice Blanchot>>, *Archipiélago*, op. cit., p. 12

tener en ella la plenitud de la muerte>>¹⁶. Reconozcamos el *punto de fuga* de toda su inmensa y pertinaz singladura. No es, en rigor, una teología negativa, es el pensamiento —obsesivo, lancinante, recurrente, calcinante— de aquello que ha sido negado por la voluntad de revelación, por la con seguridad demasiado potente alucinación teofánica. No hay en ello propuesta alguna, ni hipótesis, ni siquiera <<tesis>>; es sólo dar nombre a lo que es. Se ama aquello que la luz del día hace huir. Es todo. No dice: <<es preciso hacer esto y deshacer aquello, etc.>>. No, solamente dice eso que es: el amor viene de lo desconocido y retorna siempre a él, punto. Ni ética, ni estética, ni técnica, ni política. No hay dietética ni diegética ni exegética que valgan ante este *factum* situado en el corazón de un animal que se sabe y acaso —mal que le pese— se desea mortal. ¿Se le dejará clasificar, cuando más, como una erótica? Esta escritura decepcionante y hurafña, reconoce Roger Laporte, <<nos atrae como ninguna otra>>, pues es como la Noche, <<la Noche salvaje en la que no penetramos, soledad sin consuelo del Desastre>>¹⁷. Nada particularmente novedoso (Blanchot es <<demasiado antiguo>>, como asegura el mismo Laporte, para valorar la novedad, o la originalidad) si pensamos que Kafka, Nietzsche, Montaigne, tal vez Musil, tal vez Melville, seguramente Borges y Rulfo, y tantos poetas, y músicos, tiraron sus dados en dirección a una *amistad con la muerte*, afecto que admiramos justamente en una situación en la que toda relación es impertinente o impracticable. Hallaremos ahí la fosa de más de un contrasentido. ¿Ver la noche? ¿Traerla? ¿Dar voz al silencio? Y bueno, el cristianismo, por su parte, no ha pretendido en verdad nada propiamente razonable: leamos a Hegel. La civilización es un silogismo, el silogismo del terror. Blanchot medita en estas ruinas que para la mayoría apenas se empiezan a ver. La civilización cristiana es la negación determinada, la destrucción calculada —entre muchas otras— de la sabiduría de Orfeo. San Pablo ha hecho de Cristo su verdugo. Nos ha obsequiado un Lázaro putrefacto a cambio de una espléndida Eurídice —espléndida en su inaccesibilidad radical. Un intercambio magnífico, prodigioso en su productividad. Vencer a la muerte, ¿es imaginable un terror mayor? ¿Una fuerza más benéfica? ¿Una superstición más lucrativa? La decepción que provoca la escritura escurre y emana directamente de esta magna intervención. Es sin embargo la peste, la peste de haberse quedado a medio camino. Cuando la escritura reconoce que es amor por lo finito aprende a inyectar en él una fuerza infinita. La finitud es infinita —y es invencible. Esa fuerza se confunde a menudo con la morbilidad, con la renuncia, con el desistimiento, con la borradura. Sí, es muy próxima a la *Gelassenheit*, y muy cercana también, si se nos apura, a la beatitud spinoziana. El <<último hombre>> ha casi roto sus lazos con el mundo. Casi, he ahí nuestra fragilidad y nuestra dependencia. <<Escribir>>, apuntará algún día algún escoliasta, <<es asumir la responsabilidad terrible de dar voz a este estallido pánico, a este deshacimiento>>¹⁸. Al hablar, los hombres edifican un mundo (y el mundo en justa reciprocidad los hace a su medida), pero por la escritura ese mundo retrocede, pierde pie, pierde altura, pierde peso, pierde seguridad y certeza y decisión. Pierde, se rematará en tono evangélico, aquello que había trabajosamente ganado. No hay escritura edificante, ni provechosa, ni benéfica. Las que andan por ahí presumiendo lo contrario son —*velis nolis*— fantasmas, zombis, Lázaros fuera de su cripta. ¡Qué peligroso y qué patético ese que afirma su vida a cualquier costa! Y principalmente a costa de otro. ¡Y para toda la eternidad! Esa afirmación, irónicamente, le desgasta y le arruina su vida. Es todo efecto de una mezquindad y una cobardía. El sujeto temeroso imagina que afirmando su mundo se afirma a sí mismo, pero Blanchot entiende que el asunto es exactamente al revés. El enemigo no está afuera, el enemi-

¹⁶ Maurice Blanchot, <<La mirada de Orfeo>>, en *El espacio literario*, tr. Ana Poca, Paidós Ibérica, Barcelona, 1992

¹⁷ Roger Laporte, <<Leer a Maurice Blanchot>>, en *Archipiélago*, op. cit., p. 22

¹⁸ Alberto Ruiz de Samaniego, <<Destruir, dijo>>, *Archipiélago*, op. cit., p. 25

go es, tal como blasfemaría Cioran, <<ese maldito yo>>. Sí, de nuevo, es el Hombre/Dios, o el Dios/Hombre quien se enmascara de Pura Bondad para hacer el trabajo sucio, la auténtica obra de Satán. Kant con Sade, naturalmente.

Muy bien, pero ¿qué diablos significa este *con*?

5

<<Allí donde aparece la palabra>>, escribe Michel Foucault, a propósito de Blanchot, <<el hombre cesa de existir>>¹⁹. Una sentencia curiosa —si se advierte que un hombre como este del que se habla sólo existe a partir y en virtud de la palabra. A fin de abreviar, lo replantearé ahora del siguiente modo: un hombre que escribe escribe a partir y en virtud de su mortalidad. La escritura es el ejercicio y el sello de ese carácter. Hay un inextricable nudo entre palabra y muerte. No se trata, esto es claro, de una <<temática>>: en la escritura habla lo incesante. Pero lo incesante, según hemos adelantado, no pertenece al mundo. No es un <<motor>>. No es un objeto, ni un sujeto. La escritura gotea en el afuera de Aristóteles y en el exterior de Hegel. En particular, y en buena medida para incordiar: tampoco es el <<prójimo>> de Levinas. No abre hacia <<otro mundo>> sino a eso que ningún mundo llega a ser. Se enfanga justo en el límite del poder del mundo. Ese no-mundo es aquello que Blanchot rotula en ciertas zonas de su obra —recordémoslo— como lo <<Neutro>>. Colindante al <<Seyn>> heideggeriano, pero con una diferencia esencial: lo de Heidegger remite, para Levinas lo mismo que para Blanchot, a un *arraigo*. <<Se trata>>, dirá Levinas, testarudamente judío, <<de un *existir* pagano>>. En lo que a Blanchot respecta, ese <<Neutro>> del filósofo de Messkirch da más bien un poco de <<vergüenza>>. Cuesta trabajo, por otra parte, concordar con la mayoría de sus lectores oficiales. Para ellos, la escritura de Blanchot no tiene nada que ver con lo real: <<La escritura literaria>>, leemos en algún rincón de la Red, <<es una "experiencia total" que rebasa todos los esquemas (*cadres*) de la experiencia sensible (o "vívida"), en la medida en que se presenta, en su realización misma, como experiencia de lo que no existe. No entrañando relación alguna con lo real, la escritura no tiene más fin que ella misma>>²⁰. Esta noción de lo real incurre —al desestimar la muy especial noción de <<soberanía>>— en craso empirismo. Pero, justamente, la obra del escritor —de cualquier escritor— ha puesto en entredicho, indeliberada o inconscientemente, la realidad de lo real. El modo en que la obra se desobra, el modo en que, como percibía Stéphane Mallarmé, la palabra va —en la escritura— hasta su <<casi desaparición vibratoria>>, indica que esa misma escritura no describe a lo real, sino que viene <<chorreando>> real por todos los poros. El humano desconoce lo real, pero se halla de cabo a rabo atravesado por ello. Lo incesante, eso es lo real, que por otra parte escasamente se adhiere a la realidad del mundo. Lo importante es comprender que allí, si algo no hay, son signos. No hay <<sentido>>. Es el boquete o la ventisca que de pronto hiere la piel del mundo y que al suspender toda realidad —no, atiéndase, todo <<real>>— provoca en el animal humano la intrusión de la pregunta. En el (lo) Neutro nace aquello que desautoriza al mundo. Lugar de nacimiento de todo cuestionamiento —y de toda impugnación. Desde ese sitio, en absoluto es cuestión de <<cambiar la vida>> o de <<transformar el mundo>>, como —fundiendo a Rimbaud con Marx— soñaban los surrealistas. La Muerte (o la Noche, o lo Neutro) *desautoriza* al mundo —y las consecuencias de ello serán por fuerza impredecibles. Lo Neutro designa, exactamente, una fuerza de impredecibilidad. Fuerza irremplazable, fuerza inaprovechable. Fuerza <<menor>> que, ello no

¹⁹ Michel Foucault, *Dits et Écrits*, Vol. II, París, Gallimard, 1994, p. 425

²⁰ Agnès Pégorier, <<Maurice Blanchot, 1907-2003>>, Introduction, @ la lettre.com

obstante, perfora, socava, desmadeja el tejido del mundo. Es una fuerza, qué duda cabe ahora, consistente íntegramente en el poder de *imponer silencio* a la palabra, y en modo eminente a la palabra perentoria, imperativa, edificante, autoritaria. ¡El dogma de la escritura es la recusación de cualquier dogma! Lo único imperativo es, se ha dicho, la reserva. <<¿Qué importa quién habla?>> —esta pregunta de Foucault viene descendiendo, rodando desde semejante continencia. Hasta el apellido de Blanchot sugiere esa borradura, ese <<blanqueo>> del lugar de origen de la escritura. Blanchot: el sonido de ese nombre (<<blanc>>, seguido de <<chaud>>) despierta singulares analogías²¹. ¿Un leño al rojo blanco, su ceniza? Qué importa, de verdad. Es notorio que las adjetivaciones llovidas sobre su obra mantienen un tenso parentesco con este <<venir de ninguna parte>>, de esa <<parte del fuego>> que remite a la muerte. Menos por vulgar necrofilia que por la exigencia de reventar la identidad, por despedazar el enclaustramiento y la autocomplacencia del sí mismo. Posibilidad de separación. Aun si ni siquiera es cuestión de *proponerse* tal cosa. La única manera, lo adivina Blanchot, es venir desde ese <<Él>> que resulta imposible reconocer —un <<Dios>> que no guarda conmigo o con alguno de nosotros relación o interés alguno. Venir desde su no-presencia absoluta: la muerte, como el inconsciente, no pertenece al tiempo. Un venir que no llega, que desmorona el venir mismo: la escritura <<no es el resultado de ninguna acción u operación, sino justamente lo que desde dentro arruina la acción, deshace la obra y pone en cuestión la permanencia de todo lo que quiere encontrar en el obrar una ocasión para ser>>²². Deshilachamiento de los pronombres personales, de los sustantivos, del relato, del acto y de la potencia, de las identidades y las semejanzas; ¿qué *resta* de una escritura caída o evaporada desde ese sitio sin lugar y de ese ser sin ser sino la certeza de nuestro *estar de más* en el mundo? Para ello Blanchot encuentra y ensaya el nombre de *desastre*. Guardamos la memoria de aquello que en verdad jamás ha hecho acto de presencia. El mundo es su huella. En él, en todo caso, se halla la huella. Sólo que no hay el molde de esa huella; esa huella es la huella de otras huellas que se desperdigan sin fin. Ahora bien, es a ese infinito al que el ser finito da, en la escritura, un —siempre diferido— lugar. Lugar del umbral, umbral del lugar. El umbral *como* lugar —el lugar *como* umbral. Frontera en la que no se está propiamente en ninguna parte. Presencia en eterna retracción, impresencia total. Con su envés: ausencia —absoluta— del Todo.

¿Escribir? Un (falso) <<paso>> al no. No, sobre todo, al más allá.

6

Y bien, Blanchot enseña, o provoca, entre otras deserciones, a dar lugar a lo siempre sin-lugar (que es el otro nombre de lo singular). Pero no <<él>>, no *el autor de ficciones* (o de ensayos críticos) Maurice Blanchot. Es *eso que ocurre* en la escritura: de ahí que su <<crítica literaria>> se tope en todas partes con lo mismo. No creo estar exagerando: Blanchot es el primero en haber llevado la escritura hasta el lugar que le corresponde. En suma, al lugar en el que *no corresponde* a nada. Será demasiado fácil culparlo de nihilista. Pero, al igual que en la posición de Nietzsche, él sería lo opuesto, o, mejor, lo heterogéneo al nihilismo. El terror del que procede la escritura prohíbe todo terrorismo. Hay terrorismo en cuanto hay seguridad de salvación. Mato, me mato, ¿y qué? Es lo malo de apostar a y por una sustancia infinita. El terrorismo

²¹ Cf. Kevin S. Fitzgerald, *The negative eschatology of Maurice Blanchot*, 2001, <http://www.studiocleo.com>, Preface.

²² Isidro Herrera, <<Una persona de más. Una palabra de más>>, en *Archipiélago*, op. cit., p. 53

falta a la falta. La justicia es la intrusión, la intromisión de lo infinito en lo finito. Pero no, la escritura sabe que hay que medir la justicia con el rasero de lo finito, no al revés. Y este revés verdaderamente desmonta todo, lo desmantela. Aniquila, troza, inutiliza el troquel. Es *lo único* capaz de tal cosa. Nihilista es quien suprime algo en beneficio del todo. Pero el todo, dice la escritura, no existe, así que toda supresión, represión, opresión o compresión se practica contra algo finito —y en favor de aquello que no hay. No conozco mejor caracterización del nihilismo: Blanchot no podría, salvo extrema violencia o imbecilidad, contarse entre sus aliados y afiliados. ¿Qué tan nihilista podría ser la hoja en blanco, el pensamiento de la hoja en blanco sin la cual pensamiento (o existencia humana) simplemente no habría? Lo hay en la exacta medida en que lo finito — es decir: *esta* vida, no otra, jamás, ni por bondad ni por maldad ni por descuido— es absolutamente soberano. Una niña, en la frontera de Afganistán y Pakistán, en cualquier recodo del mundo, es violada. No puede hacerse nada contra el violador. Injusto. Se le persigue, se le encuentra, se le ahorca. Injusto. La niña no recobra su virginidad. Con nada, nunca. Injusto. Lo injusto es que *nada puede evitar* que algo injusto, algo espantoso, algo que *no debía ser*, suceda. Pero, sorpresa, *eso es exactamente* lo que sucede. El espanto infinito de que *haya algo*, eso que algún heterónimo de Fernando Pessoa aborrecerá en el límite exterior del desaliento. ¿Qué queda, qué queda que no contribuya a tolerar, admitir y hasta agigantar lo que se abomina? Hoy, esa grieta se ha cerrado, se ha pavimentado con discursos sumamente bien pensantes (y con otras cosas desde luego hasta peores). Blanchot representa eso que ningún espectáculo es capaz de representar. ¿Habría algo menos llamativo —y más eficaz? A todos se los ha tragado el sistema. El terrorismo mediático y político es uno de sus productos, jamás su enemigo. ¿Qué hacer con la escritura? Nada que no se haya ensayado durante siglos. La denuncia, el lamento, el golpe de pecho, el *wishful thinking*. La prédica. A fin de cuentas: el teatro. No, la escritura es esencialmente la soledad —y el tenue, titubeante anuncio de otro tipo de solidaridad. En un compendio francés reciente, la <<puesta al día>> de la filosofía les da su lugar a esos <<dos solitarios>> que fueron en vida Georges Bataille y Maurice Blanchot: sólo cuatro líneas perdidas entre más de mil páginas²³. Sí, huesitos acaso demasiado duros de roer para el pensamiento (o lo que quede de éste) institucionalizado. Porque es cuestión precisamente de eso, de pensar la escritura como la manifestación (y la retracción) de una singularidad que no termina de coagular en instancias instituíbles. Lo singular es intratable —¡pero de eso mismo se trata! Las ambigüedades del texto blanchotiano *son las de toda escritura* digna de su nombre. La vida de Blanchot es la vida de la escritura. Y la vida de la escritura es, esencialmente, el movimiento que brinda hospitalidad al más puro —en todos los órdenes— azar. El *efecto* de esta acogida apenas podría ser otra cosa que la *desposesión*: en la escritura no hay, en su base, y así tendremos que terminar, una <<apropiación>> de la experiencia. Por lo mismo, si entre el escribir y el erotismo se tensan algunas cuerdas, el acorde será siempre nuevo, siempre diferente, siempre inesperado: <<Es la paciencia, la escucha, la fatiga, la instancia de la muerte; es el morir, como incesante morir en nombre del otro; es la danza: la danza transida y ligera con el “*partenaire invisible*”. La experiencia de la desposesión es una experiencia de

²³ <<¿No es preciso más simplemente descubrir en las hipérbolas de Blanchot o Bataille el inconformismo de un pensamiento que transgrede, con cierta desenvoltura, la distinción elemental entre condición necesaria y condición suficiente? Además de que entonces se generaliza una experiencia de escritura muy particular, un modelo puramente textual de la interpretación que, sobreexplotado, ha terminado por agotarse, se reduce manifiestamente la práctica discursiva a huellas textuales>>, Francis Jacques, <<Referencia y diferencia: la situación originaria de significado>>, en André Jacob, *El universo filosófico*, tr. José Ignacio Galparsoro y Francisco José Poza, Akal, Madrid, 2007, p. 686

danza, que supone trance, tensión, sofoco; indiscreción y agotamiento>>²⁴. La escritura como danza y nunca más como exégesis, drama, crítica, panegírico. No perdonar: olvidar. Que es lo más difícil. Nunca equivaldrá a decir <<No ha pasado nada>> a efectos de continuar por el mismo tráfago; ese olvido significa que *no hay más forma* de continuar así. En la escritura el sí mismo, según diría Wittgenstein a propósito de la lengua filosófica, se va de vacaciones. Cae en el vacío de sí mismo, condición implícita para olvidarse de sí. Nunca es <<uno>> eso que escribe²⁵. El <<autor>> escribe para perderse, pero, si escribe, es que ya se ha perdido de antemano. Digámoslo por penúltima vez: la escritura, lo sabe Blanchot —y es su singular sabiduría: <<todo eso era real, sépanlo>>—, viene cayendo desde su límite.

De este lado del mundo.

7

Hablar de un desaparecido exige, por mínimo respeto, dejarlo hablar a él mismo. Sólo que, desaparecido, habiendo dado el salto hacia la ausencia absoluta, o, mejor, habiéndosele hecho darlo, ¿qué podría decir? Nada, sólo aquello que ya ha sido dicho. Sin embargo, lo más evidente en la escritura de Maurice Blanchot —aunque en ella no hay nada evidente— es precisamente ese su hablar *como viniendo de la muerte*. Como si (nos) llevara un paso (o dos) de ventaja. Allí están sus libros, y allí están sus comentaristas, desde los hagiógrafos hasta los despistados, pasando por amplias franjas de inefable esnobismo. A <<uno>> sólo le cabe, por mínima decencia, saludar al cortejo. En verdad: a Blanchot no hay quien se atreva a <<presentarlo>>. Lo más cordial sería tanto como decir: <<Nació, escribió, murió>>. Allí está dicho todo, pero, justamente, allí queda y quedará todo por decir. Así sería preciso de seguro dejarlo. Concluiré, pues, esta irremediable digresión con unas cuantas líneas en claro movimiento de retorno hacia su punto de formación (que, obvio, es el de su propio ausentarse). ¿Qué *hace* la escritura? Todo, pero para hacerlo todo está obligada a reducir cada una de las cosas a su nada. *Leamos*, filósofos, literatos, *a Hegel en el espejo desquiciante de Lautréamont*. Es, creo, lo que propone <<programáticamente>>, y entre líneas, Blanchot. ¿Hay géneros en esa escritura? Más bien habría posturas. La escritura marcada por la fatalidad de abrir agujeros en el lenguaje bajo la forma de cuestionamientos es lo que llamamos *filosofía*. La escritura embarcada en una afirmación incesante e incondicional de la existencia es a lo que llamamos *poesía*. ¿Hay más? Desde luego. <<El espacio de lo que no afirma, no interroga, donde toda afirmación desaparece y sin embargo regresa —no regresa incluso— a partir de esta desaparición>>²⁶. Son tres hablas, entonces. Interrogación, afirmación —y desaparición. Tres *frentes* de la lengua que, cada uno a su modo, combaten al lenguaje. Al lenguaje *como un todo*, al lenguaje *poderoso*²⁷. El enfrentamiento es tan serio que no podría excluir al humor, a un altísimo aun si inaparente sentido del humor. Pero no

²⁴ Christophe Bident, <<Para un pensamiento de lo biográfico>>, en *Archipiélago*, op. cit., p. 49

²⁵ <<Es como si uno jamás llegara a escribir, como si *uno* y *escribir* no pudieran darse conjuntamente y no hubiera, sin embargo, otro modo de responder>>, Ángel Gabilondo, <<Del ausentarse en una silla>>, *Archipiélago*, op. cit., p. 70

²⁶ Maurice Blanchot, <<Lo extraño y el extranjero>>, *Archipiélago*, op. cit., p. 80. {orig.: <<L'étrange et l'étranger>>, *Nouvelle Revue Française*, N° 70, Paris, 1958}

²⁷ <<Estos tres modos de expresión se oponen a toda habla cierta que decida, a toda realidad triunfante que se proclame, a toda declaración unilateral, a cualquier verdad sustancial, a todo saber tradicional —de una manera general a toda habla fundada en una relación de poder, la cual se sustrae necesariamente bajo un sistema de valores>>, *ibidem*.

como medio. La alegría —como la vida— no se presta a servir de instrumento, con o sin Kant ella es su propia finalidad. La pregunta que sin término formula el escritor no puede dejar de ser a su turno cuestionada. No pregunto para saber algo en particular, pregunto siempre porqué y cómo hago para preguntar. ¿No? ¿Sí? ¿Y si...? ¿Y si no...? Esto es muy singular: para preguntar, el filósofo debe hallar antes un lugar, tierra firme en la cual apoyarse. Pero con ese ademán se pone en el trance de perder lo que busca. ¿Y si el ser, eso que reconoce allá en el fondo de su preguntar, fuese imposible de afirmar(se)? El decir, como ocurre con los frescos sepultados de Roma expuestos repentinamente al smog, ¿no termina por fulminarlo? En otras palabras, el filósofo, ¿tiene el poder o la fortuna de renunciar a su sueño, a saber, la confección de un lenguaje *del ser*? Salvo que, horror, entre <<el ser>> y <<el logos>> se desplomen una tras otro todos los puentes. Por eso es que Blanchot no habla, o habla poco, del <<ser>>; es ésta una palabra sostenida en su integridad por la voluntad del logos. <<Neutro>> no es más (ni menos) que otra palabra, pero guarda en su vientre una relación-sin-relación con el habla. Resta otra. Habla de estorninos, como en desbandada y desgravitación hacia sí. <<Ello sigue su curso>>. ¿Y el poeta? El poeta afirma preguntando. No necesita ni tierra firme ni balsa salvavidas. Hay, sugiere Blanchot, un <<centro>>, pero ese centro queda <<infinitamente afuera>>. No es accesible, y menos dominable. Decidir lo contrario es ya profesión de fe —mística, si es inmediata, filosófica, si no. Por consiguiente, la escritura es *aquello que, sin relación posible con nosotros, <<habla>>*. Nada más próximo y más lejano a Wittgenstein que las siguientes dos sentencias: <<De eso con lo que no tenemos relación hay habla. Lo que no podemos expresar, he ahí lo que se afirma>>²⁸. Saber de la paradoja, paradoja del saber. Acotemos: no es que <<lo inexpresable>> se ponga a hablar; poético es ese modo de hablar que *afirma* justamente aquello que *no tenemos el poder* de expresar. Y, eso inexpresable, ¿es? No *antes* de la poesía. Inexpresable es exactamente lo que la escritura —otro nombre posible sería <<aliteratura>>— afirma. En guardia contra toda forma de veleidad fundamentalista. Por ello Blanchot se encuentra, a pesar de todo, a pesar incluso de lo que él haya argumentado, más a gusto en un horizonte heideggeriano que en uno levinasiano. Buena, grata tarea demostrarlo. ¿Y qué coños afirma entonces la poesía? La experiencia de lo que el lenguaje *no puede*. Nada más. No tiene ni principio ni conoce fin. Si afirmara otra cosa que ese no-poder del lenguaje, si afirmara *alguna* cosa en particular, terminaría degradándose: convertida en profecía, mandamiento, reporte, ensalmo, promesa, palabra de ley. Palabra de <<Autor>>. <<La literatura, como el pensamiento>>, se lee en su texto sobre el discurso filosófico, <<sólo es experiencia de sí misma y para sí misma: experiencia de la extrañeza, sin embargo, ella no capta, no instituye nada más que el movimiento de rechazo por el cual se constituye sin descanso y sin descanso fracasa cuando quiere constituirse>>²⁹. Trabajoso asentimiento. La dificultad máxima de la escritura, se comprende, reside en este experimentar sin apropiarse, en este salir sin moverse del mismo sitio, en este dar lugar a lo que en verdad no parecería precisar de espacio. Pero sí de tiempo. Y de reposo. Este dar tiempo abre el espacio, no este o aquel compartimiento, sino *el hecho* de que lo haya. Lógico. Escribir es aprender a callarse. Cualquiera, naturalmente, se siente con derechos a ello. Pero el silencio va más allá o se desperdiga o escurre en otra parte —no es cuestión de derecho o de revés.

Cae, continúa, insiste, indiferente, ajeno, insignificante, íntimo y delicado como un serpenteante hilo de agua:

Al menos, cuando un filósofo, un escritor, se calla, aprendamos de su silencio, no a apropiarnos de lo que él fue para que sirva a nuestros fines, sino a desapropiar-

²⁸ *Ibid.*, p. 81

²⁹ *Ibid.*, p. 86

nos de nosotros mismos y a compartir el mutismo inhumano con él. El discurso filosófico siempre se pierde en cierto momento: él no es acaso más que una manera inexorable de perder y de perderse. Se trata también de eso que el murmullo degradante nos recuerda: *ello sigue su curso*³⁰.

Sí, al menos eso, aun a conciencia de que es en todo momento demasiado.

³⁰ *Ibid.*, p. 92. Para la <<Bibliografía>>, consúltese el N° cit. de *Archipiélago*.